

5. No venimos del latín. Los romances derivan de una lengua madre de carácter aglutinante

Carme Jimenez Huertas



5.1. Currículum

a) Estudios y actividad en este tema

Desarrollo de una propuesta de codificación informática generando una base de datos de las inscripciones ibéricas en el signario del nordeste (ibérico levantino). Su metodología se basa en trabajar con el signario originario, evitando las transliteraciones al alfabeto latino.

b) Publicaciones

- *Codificació informàtica del signari ibèric nord-oriental* (2009)
- *No venimos del latín* (2013). Nueva edición corregida y completada en el 2016

c) Contacto, internet

[carnejh\[arroba\]hotmail.com](mailto:carmejh@hotmail.com)

[Facebook-Ibers](#)

5.2. Resumen

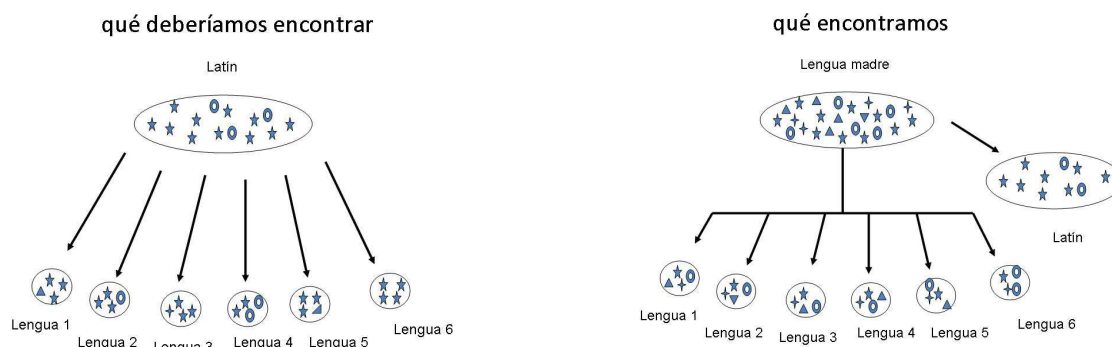
Presentación de una nueva hipótesis de investigación que defiende que las lenguas romances comparten una tipología lingüística que nos remite a una lengua madre común de carácter aglutinante mucho más antigua que el latín. Recientes investigaciones demuestran que el cambio lingüístico a nivel de estructuras morfosintácticas es un proceso muy lento.

La lingüística cognitiva supone una base simbólica a los formantes composicionales que podemos reconstruir a partir de la toponimia y que han sobrevivido en el léxico de los romances actuales. Las pruebas son cada vez más concluyentes: este proceso no pasa por el latín.

5.3. Ponencia

a) Parentesco sí. Filiación no

Hay una ley de la lingüística que dice que las lenguas divergen y que excluye cualquier posibilidad de evolución convergente. Si las lenguas romances derivaran del latín como se nos ha dicho, se separarían entre sí pero mantendrían una clara relación lingüística con la supuesta madre. Sin embargo lo que encontramos es justamente lo contrario: las lenguas (mal llamadas) romances comparten una misma tipología lingüística llegando a idénticas soluciones convergentes que muestran una rotura con el latín.



En gramática histórica se intenta justificar la enorme distancia que separa el latín de las lenguas romances hablando de vulgarización, de un retroceso que llevó a la parataxis, es decir, se nos dice que se volvió al estadio primitivo de usar un lenguaje no verbal que requería el acompañamiento con gestos, a fin de entenderse, porque la lengua había degenerado tanto que sólo utilizaba oraciones simples o la composición elemental por coordinación. Esta explicación no es correcta. La razón es simple: los lenguajes humanos no se comportan así. No hay ni una sola cultura en el mundo que no disponga de un lenguaje perfectamente estructurado que permita todas las funciones propias de la lengua: comunicativa, denotativa, referencial, representativa, expresiva, emotiva, etc. Pero además, la transmisión natural de una lengua se produce por vía oral de madres a hijos, aprendemos a hablar en los brazos de nuestra madre. Sin el lenguaje, los humanos no podemos desarrollarnos psicológicamente. Y esto sucede porque usamos el lenguaje para pensar y para organizar nuestro propio pensamiento.

El lenguaje permite la interconexión, intercambio y comprensión de la información entre los procesos cognitivos internos de la mente y el contexto familiar y social externo, estableciendo relaciones y asociaciones metafóricas y fonéticas. Por lo tanto carece de fundamento científico afirmar que durante varios siglos, y a causa de la fuerte presión del imperio romano, los habitantes que ocupaban nuestros territorios, incapaces de hablar correctamente el latín, deformaron sus hablas de tal modo que llegaron a no poder comprenderse entre sí. En pleno siglo XXI esta afirmación no puede sostenerse.

b) El latín vulgar no existió

El latín vulgar, entendido como una lengua hablada unitaria que degeneró a partir del latín y de la que derivarían los romances, no existió. Lo que encontramos siempre es latín clásico escrito con mejor o peor dominio. Podríamos compararlo a lo que sucede hoy con el inglés, la lengua de comunicación global utilizada por la ciencia y el comercio: no todos los usuarios lo hablan correctamente y eso no significa que exista un "inglés vulgar". De idéntico modo, los

textos escritos en latín medieval son indicadores de que la persona pretendía escribir en latín teniendo un conocimiento limitado de la gramática latina, y esto en absoluto debe interpretarse como que así fuera la lengua oral. Quien escribía mal el latín sencillamente lo hacía por desconocimiento del latín, y no porque ese fuera su modo de hablar habitual. La lengua escrita y la lengua hablada eran dos realidades distintas como lo siguen siendo hoy en día entre los estudiantes y los hablantes nativos de cualquier lengua.

El imperio romano, en sus diferentes etapas, incluyó a más de 67 países con un total de 270 comunidades étnicas con sus respectivos idiomas y dialectos. Los palestinos estuvieron bajo dominio romano 800 años; egipcios y griegos 400 años, y jamás se les impuso la lengua. De hecho, salvo los patricios, los romanos tenían que estudiar para hablar correctamente el latín. Volviendo entonces al surgimiento de los romances, no podemos justificarlos bajo una supuesta imposición del latín porque los agentes de unificación política habían desaparecido al caer el imperio, por lo que no existía presión sobre las hablas autóctonas. Por lo tanto, la gente siguió hablando la misma lengua que hablaban sus ancestros, con un lento proceso de cambio lingüístico interno que conformó las distintas lenguas manteniendo la estructura de la lengua madre de la que derivaban. La convergencia entre las lenguas romances sólo puede comprenderse si el parentesco es anterior a la llamada romanización.

Esta nueva aproximación a las lenguas romances está siendo compartida cada vez por más investigadores. Yves Cortez y Danielle Corbin lo defendieron desde el francés. *Galicia Irredenta*, desde el gallego. Jaume Clavé, desde el catalán. Ribero-Meneses, desde el castellano. Lo mismo está sucediendo desde el rumano con Lucian Iosif Cueşdean y Mihai Venereanu, entre muchos otros autores.

c) Tipologías lingüísticas

La nueva hipótesis que presentamos demuestra que los romances son lenguas con una estrecha relación de parentesco y con una tipología lingüística que habría evolucionado de modo mucho más lento de lo que se ha venido afirmando, a lo largo de un proceso que no pasa por el latín y que nos remite a una koiné de cronología más alta, a la que llamamos lengua madre.

Recientes investigaciones demuestran que las estructuras gramaticales de las lenguas tienen el potencial de conservar las características estructurales de los estados históricos antiguos; los patrones gramaticales se mantienen porque son la base de los procesos cognitivos. Curiosamente, estos patrones nos remiten a una lengua de carácter aglutinante.

Las lenguas se estudian y clasifican a partir de su morfología, es decir, de los procesos utilizados para crear nuevas palabras. Los lingüistas reconocen cinco tipos morfológicos básicos:

- **Lenguas aislantes o analíticas:** las palabras son invariables y la relación sintáctica se establece en base al orden de las palabras, por ejemplo el chino y el vietnamita.
- **Lenguas aglutinantes:** las palabras se forman mediante una suma o secuencia de morfemas cada uno de los cuales aporta parte del significado, por ejemplo el turco y el swahili.
- **Lenguas flexivas:** las palabras se consideran lexemas a las que se añaden unas terminaciones o afijos que expresan nuevos significados o propiedades morfosintácticas. Se las llama también lenguas sintéticas porque la unión de sufijos sintetiza la información en una sola palabra. Ejemplos el latín y el griego.

- **Lenguas incorporantes o polisintéticas:** pueden incorporar en una sola palabra, frases enteras mediante la aglutinación y la flexión, por ejemplo algunas lenguas amerindias y australianas.
- **Lenguas con infijos:** lenguas que pueden incorporar elementos morfológicos en su interior, por ejemplo el árabe y el hebreo.

Hasta ahora se ha considerado que los romances son lenguas flexivas. El lexema o raíz de la palabra sería la parte que aporta la mayor carga semántica, que se matiza mediante la adición de afijos.

lexema o raíz	morfemas o desinencias
aporta el significado	aportan información gramatical

Hay dos procesos básicos utilizados por una lengua flexiva para crear nuevas palabras:

composición	derivación
se forman palabras nuevas a partir de la unión de dos o más palabras ya existentes	al lexema o raíz se añaden afijos que aportan la información gramatical

La **composición** sigue muy viva en nuestras lenguas. Pueden unirse palabras de la misma categoría, por ejemplo, dos nombres (*terrateniendo*), dos adjetivos (*agridulce*), o palabras de categorías distintas como un adjetivo y un nombre (*bajamar*, *caradura*), un verbo y un nombre (*cubrecama*, *paraguas*, *sacapuntas*, *afilalápices*). La lengua permite crear todo tipo de combinaciones: *metomentodo*, *sinvergüenza*, etc.

La **derivación** es una característica propia de las lenguas flexivas. Se distinguen dos tipos de afijos: los afijos flexivos y los afijos derivativos.

Los afijos flexivos aportan la información morfológica de la flexión nominal y verbal. Indican género, número, persona, tiempo, modo y aspecto. Este proceso se conoce como sufijación.

Los afijos derivativos se unen a una base léxica para formar nuevas palabras. Este proceso es muy productivo porque a partir de un número limitado de afijos derivativos (sobrepasan el centenar) pueden crearse palabras nuevas para todo aquello que la lengua necesite expresar.

Estas clasificaciones corresponden a un modelo morfológico. No obstante, llama la atención que las lenguas no se hayan analizado desde una perspectiva semántica, ya que de hecho los afijos se organizan de un modo similar a como lo hacen los morfemas y los lexemas, con un significado central y unos matices periféricos. Existe una única diferencia: los lexemas son ilimitados (podemos crear nuevas palabras ante nuevas necesidades) mientras que los morfemas (afijos y sufijos) son limitados.

Lo que nos interesa remarcar es que, a nuestro criterio, la derivación actúa de modo similar a la composición, es decir, los afijos derivativos serían, en realidad, constructos desemantizados (de los que «hemos olvidado el significado»), y que nos muestran el camino recorrido desde una lengua madre de carácter aglutinante o composicional, de la que, en apariencia, nos hemos desconectado. Estaríamos, por tanto, ante una *característica estructural del estado histórico antiguo de nuestras lenguas*.

d) Los afijos derivativos: un modelo composicional

Para fundamentar esta afirmación de que los afijos serían, en realidad, los restos “fossilizados” de antiguos lexemas, veamos a continuación las características de los afijos derivativos:

1. La mayoría de los afijos son tónicos por lo que imponen el acento a la nueva palabra. Ejemplo: al añadir el sufijo *-dad*, que forma sustantivos abstractos a partir de adjetivos, el acento se desplaza hacia la derecha, así *débil* se convierte en *debilidad*, *terco* > *terquedad*, *liviano* > *liviandad*, *malo* > *maldad*, con la fuerza acentual en la última sílaba.
2. Los sufijos tienen la capacidad de modificar la categoría gramatical. Ejemplo. el afijo *-dor* cambia los verbos en nombres. Significa agente que realiza una acción (*trabajar* > *trabajador*), lugar en el que se realiza (*mirar* > *mirador*) o instrumento con el que se realiza (*colar* > *colador*). Otro ejemplo que cambia nombres en adjetivos es el afijo *-oso*, y significa característica habitual de algo, propiedad o tendencia. Así de *amistad* tenemos *amistoso*; de *bosque*, *boscoso*. El afijo *-ble* tiene la función de convertir verbos (es decir, acciones), en adjetivos (es decir, capacidad o característica del que puede realizar la acción), así lo que se puede *contar* (que es una acción), es *contable*; lo que se puede *medir*, *medible*; lo que se puede *crear*, *creíble*.
3. Los afijos pueden unirse en series que van creando nuevas palabras que cambian de categoría gramatical y que tienen un significado distinto dentro de un mismo paradigma. Veamos un ejemplo:

Norma	sustantivo	Lexema o raíz
Normal (norma + al)	adjetivo	Si al sustantivo se le añade el afijo <-al> que tiene el significado de «cualidad de», obtenemos <i>normal</i> , un adjetivo. Por lo tanto el afijo <-al> convierte los nombres en adjetivos.
Normalmente (normal + mente)	adverbio	Si al adjetivo <i>normal</i> se le añade el afijo léxico <i>mente</i> , obtenemos un adverbio.
Normalizar (normal + iz + ar)	verbo	Si al adjetivo <i>normal</i> se le añade el infijo <-itz- , -iz-> que contiene un matiz semántico de plural, la cualidad de normal abarca a más objetos y personas. Este infijo convierte los adjetivos en verbos.

¿Qué información nos está dando esta tabla de ejemplo? Nos muestra que en la estructura interna de la lengua hay un modelo de funcionamiento composicional que sigue unos parámetros derivativos, los cuales determinan las categorías gramaticales. A partir de unos lexemas que el hablante conoce y a partir de un número limitado de afijos, se crean nuevas palabras de categorías distintas.

En los estudios de filología, las propiedades de los afijos derivativos se consideran arbitrarias. Se nos dice que la información semántica viene dada por el lexema (raíz). Por lo tanto, las partes o segmentos que añaden la información gramatical se han interpretado como meras marcas gramaticales.

Pero si nos damos cuenta, esto es inexacto. Con muchísima frecuencia, el afijo se comporta como si aportara la información semántica, es decir, como si fuera el núcleo de la nueva palabra creada:

sal + **ero** = *salero* se refiere al recipiente (er) que contiene sal, es decir, es el *objeto* que contiene la sal, el *instrumento* con el que la echamos, y no la sal

jardín + **ero** = *jardinero* se refiere a la persona (ero) que cultiva el jardín, es decir, es el *agente* que cultiva el jardín, y no el jardín

¿Cómo es posible que sea una mera partícula, que aparentemente no significa nada, la que marque no sólo la categoría gramatical sino también aporte parte del significado? Esa es, precisamente, ¡una característica de las lenguas aglutinantes!

Los matices que añaden los sufijos derivativos son significativos: acciones, resultados de las acciones, nombres colectivos, oficios, diminutivos, aumentativos, tendencias, actitudes, etc. Como hemos visto, tienen además la capacidad de cambiar la categoría gramatical de las palabras. Todo ello nos hace pensar que se trata de antiguos morfemas léxicos que provienen de una antigua lengua de carácter compositivo o aglutinante. Con el tiempo y el uso hemos «olvidado» que estos afijos tenían un significado y hemos lexicalizado las nuevas palabras derivadas como si se tratara de unidades independientes, cuando en realidad están compuestas por formantes compositivos. Lo demuestra el hecho de que los afijos sean tónicos y puedan alterar el acento, la categoría gramatical o incluso el género de la palabra, si es un sustantivo.

Así pues, la derivación sería sólo aparente porque las nuevas palabras surgidas de la suma de elementos significativos parecen remitirnos a un metalenguaje formado por ideas o conceptos afines que están más allá de las palabras.

e) Los afijos flexivos. De sufijación a constructos léxicos compositivos

La gramática considera que los afijos flexivos aportan sólo información morfológica para indicar género, número, persona, tiempo, modo y aspecto. Dando un paso más en esta nueva línea de investigación, creemos que los sufijos flexivos también pueden ser remanentes de constructos de una lengua aglutinante. Dado que este tema se halla en fase de estudio, presentamos someramente algunas consideraciones.

f) La invención de la marca de género

En origen los sustantivos (=nombre de cosas) no tenían género. De hecho, en la mayoría de lenguas del mundo no existe el género gramatical. No hay género en inglés, ni en euskera, ni en chino. Lo que sucede es que en las lenguas europeas hay cambios en la flexión final de los sustantivos que se han identificado como dos géneros o incluso tres si contamos el neutro. Pero el género gramatical no tiene nada que ver con el sexo. Se trata de palabras que presentaban distintas terminaciones que, siguiendo el criterio del filólogo Joan Solà Cortassa¹ hubiéramos podido llamar género A cuando es 'no marcado', y género B cuando está 'marcado' y termina en [-a]. El género asociado al sexo sólo se manifiesta en el pronombre personal de tercera persona (él, ella) y sus diferentes formas. Es decir, somos los humanos y los animales los que tenemos género asociado al sexo. Lo habitual ha sido utilizar palabras distintas para indicar sexo distinto. Así tenemos hombre y mujer, caballo y yegua, vaca y buey, etc. El resto de sustantivos no tenían marca de género sencillamente porque las cosas y los conceptos no tienen sexo. Sólo terminaban de modos distintos.

Podemos clasificar los sustantivos como concretos y abstractos, comunes y propios, contables y no contables. Algunas de estas tipologías se expresarían con determinadas terminaciones. Lo que hemos llamado género indicaría una tipología gramatical. Así tenemos que en muchos casos la terminación en [-a] final indica un conjunto mayor: una *huerta* es

¹ Filólogo y lingüista catalán autor de más de 40 libros. Impulsó, coordinó y dirigió la famosa *Gramàtica del català contemporani* vol. I, II, III. Barcelona: Editorial Empúries.

mayor que un *huerto*; una *cuba* mayor que un *cubo*; una *cesta* mayor que un *cesto*; la *leña* está compuesta de *leños*; un *madero* es contable y *madera* más genérico y abstracto; *los matemáticos* son los hombres y las mujeres que se dedican a las matemáticas, mientras que *las matemáticas* son la ciencia abstracta que estudia los números.

En realidad lo que observamos es que el del sufijo final [-a] está otorgando un sentido genérico con un matiz inclusivo o pluralizador. Por ejemplo terminan en [-a] las palabras que designan animales: jirafa, pantera, iguana, tortuga, ballena, araña, etc. Se conocen como epicenos, porque la misma forma se usa indistintamente para un macho y para una hembra. También terminan en [-a] palabras que designan oficios: astronauta, policía, poeta, pianista, dentista. Otro grupo que termina en [-a] son las palabras que designan los frutos y las flores: fresa, manzana, pera, ciruela, aceituna, naranja, margarita, rosa, violeta, etc.

La idea de agrupar las palabras terminadas en [-a] bajo la etiqueta de marca de género se le ocurrió a Protágoras, un gramático griego. Fue él quien puso las etiquetas de masculino y femenino a las palabras griegas, afirmando que el género no marcado era el masculino, pero ya incluso su contemporáneo Aristófanes se burló de su afirmación. ¡No tenía sentido ni para los propios griegos!

La conclusión a la que han llegado investigadores como Silvia Luraghi,² profesora de lingüística de la universidad de Pavia, es que las lenguas diferenciaban dos tipologías: una para animado, contable, individual y otra para neutro, genérico, colectivo. No tenían géneros en oposición masculino y femenino, sino que era una clasificación nominal. Por ello, la terminación considerada marca de género no sólo es una generalización muy reciente en el tiempo sino que además procede de un sufijo con sentido colectivo que, en algunas palabras, evolucionó hacia un antiguo determinante.

Vamos a explicar qué nos está llevando en esta dirección. Hay casos en los que la [-a] final puede ser un antiguo determinante fosilizado a la derecha del nombre. En un estadio antiguo, los determinantes se situaban a la derecha del nombre, como se hace todavía hoy en euskera y en rumano.

	aquellas casas rojas grandes
euskera	exte gorri handi haiek (literalmente pone: casa roja grande <i>aquellas</i>) ³
rumano	casele acelea roșii și mari (literalmente pone: casa-las <i>aquellas-las rojas y grandes</i>) ⁴

En euskera, el determinante se indica una única vez en la última de las palabras de un sintagma. En rumano, el determinante sigue al nombre, aunque se admite también el orden inverso: acele case roșii și mari.

Con el paso del tiempo y por armonía vocálica, los adjetivos que acompañaban a un sustantivo empezaron a utilizarse con la terminación final con la misma vocal del sustantivo; así nació la llamada “concordancia de género”. Por lo tanto, la [-a] final sería en origen una

² LURAGHI, SILVIA. *The origin of the feminine gender in PIE. An old problem in a new perspective*. [en línea]

³ Ejemplo facilitado por Pako Iriarte Arruti

⁴ Ejemplo facilitado por Mihaela Alda. El rumano admite también el orden siguiente: acele case roșii și mari. Observemos que al modificar el orden y escribir la frase anteponiendo el determinante *acele* (*aquellas*) se pierde el artículo en el nombre que le sigue *case* (*casas*) y desaparece el refuerzo de la - a final *acelea* > *acele*.

terminación genérica o un determinante deíctico que nos está indicando: el/la que pertenece a N.

¿Podría una tipología parecida estar en el origen de la [-o] final que hemos asociado al masculino? ¡Eso creemos! Porque en el bable o asturiano, todavía hoy los nombres no contables terminan en [-o] y se asocian con el género neutro.⁵

Por lo tanto, de nuevo constatamos que las terminaciones están marcando una tipología y no tienen nada que ver con el género.

g) El inexistente caso de la marca de caso

Normalmente los libros de gramática indican que los romances heredaron los casos del latín y que fue en la fase de latín vulgar cuando los sustantivos unificaron las formas perdiéndose la información gramatical. Nosotros estamos convencidos de que las cosas sucedieron al revés. La desaparición o pérdida de las desinencias casuales sólo podía producirse en una lengua en la que la oposición no fuera necesaria porque, en caso contrario, se habrían mantenido como sucede en alemán y en griego. El rumano es la única lengua romance que mantiene marcas de caso y se utiliza este argumento como prueba de la existencia del proceso degenerativo del latín vulgar. En rumano el nominativo y el acusativo tienen formas idénticas; lo mismo sucede con el genitivo y el dativo. No obstante, las cosas son algo más complicadas, ya que en realidad la flexión es del artículo, no del nombre. Mientras la mayoría de las lenguas romances actuales sitúan el artículo antes del nombre, el rumano lo sitúa después, a la derecha del nombre, por ejemplo *lupul* (el lobo) y *băiatul* (el niño). Es el artículo el que marca la flexión gramatical de caso.

Pero veamos, ¿sólo el rumano ha mantenido el artículo a la derecha? Las recientes investigaciones llevadas a cabo junto a la filóloga Núria García Quera, demuestran que en las lenguas actuales, estas construcciones han sobrevivido de modo fosilizado. Al perderse la noción de que esta partícula final era el artículo, se duplicó a la izquierda. Vamos a explicarlo con un poco más de detalle.

Estamos encontrando que el formante L/LL significa "unión", de manera que forma parte de palabras relacionadas con este sentido: *anilla*, *collar*, *tobillo*, *rodilla*. Por metonimia, adquirió un sentido de colectivo, de algo "relacionado con". Con este sentido se conserva mucho más en catalán que en castellano. La palabra *mamella* (en castellano: *mamas* o *ubres*) significa "relacionado con la madre"; *cruïlla* (en castellano: *cruce*) "relacionado con la cruz".

Vemos por tanto que el formante L/LL se comporta como un determinante relacional. Es, de hecho, un auténtico artículo al final de la palabra, y una prueba de ello es que ha sobrevivido en palabras como *davantal* (en castellano: *delantal*) que significa "relacionado con delante", literalmente "el que va delante", y *palmell* (en castellano *palma*) "relacionado con la palma", casos en los que la palabra catalana presenta una forma más arcaica que el castellano. Este artículo pospuesto funciona exactamente igual que el artículo enclítico del rumano: *tatăl* (el padre), *omul* (el hombre). El euskera sitúa también los determinantes (mostrativos, cuantificadores definidos e indefinidos) como deíctico a la derecha del nombre: *etxea* (la casa). El equivalente al artículo sería <-a> para el singular y <-ak> para el plural.

Posteriormente, empezó a perderse la relación semántica entre los formantes, es decir, se "olvidó" el significado original de los formantes, por lo que empezó a duplicarse el artículo, poniéndolo delante y respetando la "concordancia", que se interpretó como género. Las

⁵ Para saber más sobre el género neutro en asturiano, recomendamos leer a Álvaro Arias Cabal. *Diacronía del incontable o "neutro de caso" en asturiano.* (en línea]

palabras que llevaban el artículo determinante “el” mantuvieron al final el artículo enclítico <el> y pasaron a considerarse masculinas, y las palabras que llevaban el artículo determinante “la”, terminaban con el artículo enclítico <la> y pasaron a considerarse femeninas. Veamos unos ejemplos:

- *el martell, l’anell, el fusell* (en castellano: *el martillo, el altillo, el fusil*)
- *la bola, la ralla, la cisalla* (en castellano: *la bola, la raya, la cizalla*)

Lo que estamos encontrando es que la sufijación del artículo determinante a la derecha del nombre se usaba de un modo general en los proto-romances, construcciones que, curiosamente, han sobrevivido en el rumano. Las marcas de caso que marcan la función gramatical se indicaba en los determinantes y en los pronombres, pero no en los sustantivos. La pervivencia en el rumano actual de un artículo determinado a la derecha del nombre, que se encuentra duplicado en los demás romances que actualmente lo añaden a la izquierda, demostraría que las marcas de caso no se perdieron en un supuesto paso del latín al latín vulgar, sino que ya no existían en los proto-romances, lo cual parece indicar, una vez más, que los romances actuales procederían de una lengua madre común más antigua y que no era de naturaleza flexiva, sino aglutinante.

h) Marcas verbales de persona, tiempo y modo

¿Se encuentran en el paradigma verbal los mismos constructos composicionales que en el paradigma nominal? La respuesta está siendo afirmativa.

Observamos que si a un nombre N se le añade el afijo [r] se forma una nueva palabra que tiene el significado de *acción de N*. Es lo que conocemos como infinitivo verbal.

N + r = acción de N perdón + r = perdon (a) r

A veces, puede aparecer delante de un nombre N el afijo [a] (prefijo), con el significado direccional de *moverse hacia N*:

a+ N = cercarse o ir hacia N a + caricia = acercarse a la cara

En este segundo caso, a veces la vocal [a] exige la aparición de [r] a final de palabra para reforzar el movimiento con una acción. No es una duplicación vana, sino significativa: en *acariciar* la [a] inicial indica la *dirección* hacia la cara y la [r] final es la *acción*. Hay muchísimos ejemplos: *compañero*>*acompañar*; (hacia / con el compañero + acción) *brazo*>*abrazar* (movimiento con los brazos + acción); *rodilla*>*arrodillar* (movimiento con las rodillas + acción). El Diccionario de la RAE no menciona para nada estas relaciones semánticas de los formantes. Cada palabra estará en la entrada correspondiente por orden alfabético, porque se considera que el significado de las palabras es meramente convencional. Sin embargo, si lo tenemos en cuenta, esto daría sentido tanto al sufijo [-a] del que hemos hablado al hablar del género como al prefijo [a-] con idea direccional y de aumentativo, de hacer más grande y genérico. Así entonces *abaratar* significaría acción en el sentido de moverse para hacer que algo sea más barato, *acomplejar* hacer que algo sea más complejo, *acortar* hacer algo más corto, *afirmar* hacer que algo sea más firme y *amansar* más manso. Por lo tanto, y a pesar de que el diccionario indique que el prefijo [a-] *no tiene una significación precisa*, sí que nos remite a una idea con un sentido bastante claro.

En gramática se definen las lenguas romances como de núcleo verbal, por lo que suele considerarse que los nombres derivan de los verbos. No obstante, a menudo es muy difícil determinar si no habrá sido al revés y los infinitivos verbales se hayan formado a partir de los nombres. A estos nombres se les llama deverbales porque expresan el objeto o situación

resultante de la acción del verbo, y al proceso se le conoce como formación o derivación regresiva. Hay muchísimos. Por citar algunos: acuerdo-acordar; apellido-apellidar; artículo-articular; auxilio-auxiliar; cambio-cambiar; camino-caminar; dibujo-dibujar; insulto-insultar; nombre-nombrar; presupuesto-presupuestar; regreso-regresar; silencio-silenciar; trabajo-trabajar; etc.

A nuestro criterio, es más sencillo explicar la formación de estas palabras a partir de un sistema composicional. Así tenemos que a partir del lexema o raíz cant-

cant + [-o]	sustantivo, <i>el canto</i> , no contable
cant + (a) r	infinitivo, acción de <i>el canto</i>
cant + (a)nte	participio, agente, tiempo presente, el que hace <i>el canto</i>
cant + (a)do	participio, objeto o paciente, pasivo, tiempo pasado, lo que ya <i>ha sido cantado</i>
cant + (a)ndo	gerundio, tiempo continuo, activo, acción que está siendo o sucediendo, <i>cantando</i>

No deja de llamarnos la atención que el infinitivo, el gerundio y el participio sean las tres formas nominales del verbo. Son tiempos verbales porque admiten complementos, pero su comportamiento es nominal. Esto debería hacernos reflexionar.

¿Cómo funciona el paradigma verbal en los romances? Hay un uso preferente por las construcciones perifrásticas frente a las sintéticas. Esto determina la proliferación de los tiempos compuestos (inexistentes en latín)⁶ que se forman con el participio pasado junto al verbo auxiliar. De hecho, si nos fijamos en este curioso comportamiento, nos daremos cuenta que el único verbo que se conjuga realmente es el auxiliar. Sólo hay tres tiempos propiamente sintéticos, el presente (yo canto), el imperfecto (yo cantaba), y el indefinido (yo canté). Está claro que el futuro *cantaré* es la suma composicional de cant+(a)r+he, *cantar he*, es decir, leyéndolo de derecha a izquierda: *he de cantar*. De idéntico modo el condicional *cantaría* es la suma de cant+(a)r+habría.

Respecto a los sufijos de persona de la conjugación verbal, queda claro que son pronombres personales fosilizados. Morfológicamente, los pronombres de las lenguas romances presentan morfemas idénticos como la -m- para la primera persona del singular, la -t- para la segunda persona del singular, la -l- para la tercera persona, la -n- para la primera persona del plural y la -v- para la segunda persona del plural. Entonces, *cantamos* es la suma composicional de cant+(a)r+mos, *cantar nos*, es decir, leyéndolo de derecha a izquierda: *nos(otros) cant(ar)*.

Queremos apuntar que las diferencias funcionales expresadas por los pronombres clíticos son muy activas en los romances. Funcionan como complemento verbal ligado al verbo. Los hay proclíticos (antecedan al verbo) o enclíticos (pospuestos al verbo). Esta colocación no es libre, sino que está sujeta a normas; pueden combinarse en grupos de dos y hasta tres y el orden es CD + CI + CC o C Prep. Respecto al orden cuando concurren varios, el de segunda persona va siempre delante del de primera; y cualquiera de estos dos, antes del de tercera; pero la forma *se* (personal o reflexiva) precede a todos. Algunos autores lo consideran una reliquia procedente del latín vulgar. Nosotros creemos que podrían ser los restos del paso de una lengua aglutinante a una lengua flexiva.

⁶ Estos tiempos compuestos que exigen la presencia de un participio no existían en latín. Así, *yo he amado*, en latín: AMAVI, *yo había amado*, en latín: AMAVERAM.

i) Morfosintaxis

No hay espacio en este breve trabajo para hablar de morfosintaxis. Deseamos, no obstante, dejar claros algunos aspectos que la gramática tradicional no explica suficientemente.

Se nos dice que como consecuencia de la poca sustentabilidad del sistema de casos nominales ocurrido tras los sucesivos cambios fonéticos, el latín vulgar pasó a ser una lengua flexiva con más formas analíticas que sintéticas, en la que el orden de las palabras fue un elemento necesario para la coherencia sintáctica oracional.

Nosotros creemos que no es cierto que el orden de los elementos de la oración surgiera como una “necesidad” derivada de la ausencia de marcas de caso. Porque seguramente sucedió todo lo contrario. El principio lingüístico universal número 41 de Joseph Greenberg⁷ establece: «Si en una lengua el verbo sigue tanto al sujeto como al objeto como orden dominante, la lengua casi siempre tiene un sistema de casos.» Este principio describe de modo preciso la estructura sintáctica del latín, que antepone los complementos verbales al verbo. En latín, el verbo siempre estaba situado al final de la oración por lo que “era necesario” que la función gramatical estuviera indicada por las marcas de caso.

Nosotros somos de la opinión que si en los proto-romances no había marcas de caso se debe, con mucha probabilidad, a que no había esta necesidad. Los romances actuales son lenguas de núcleo verbal en las que el verbo suele estar en posición central. No es fácil alterar este orden porque afecta a la estructura, al sistema autoorganizativo y a los procesos cognitivos que establecen las hiperincursiones semánticas.

j) Lexicología, etimología y toponimia

Las lenguas romances comparten gran parte del vocabulario. Según esta nueva aproximación, lo que llamamos “palabras” sería la representación sonora de elementos simbólicos composicionales que nos mostrarían la manera de pensar, de sentir y de vivir de sus hablantes. Como si existiera un metalenguaje, hallamos un significado oculto dentro del significado convencional, como si hubiera un lenguaje dentro del lenguaje que nos proporcionara, en un segundo nivel de lectura, una nueva información que nuestro subconsciente reconoce y sabe interpretar. Se trata de un lenguaje simbólico, encriptado, que nos remite directamente a la idea, al concepto, y que utiliza un código que, a nivel consciente, hemos olvidado. Y todo apunta a que este significado era (es) universal. ¿Cómo funciona este metalenguaje? La respuesta se mueve en la siguiente dirección: el cerebro no hace distinción entre lo que ve y lo que imagina. De ese modo lo que llamamos palabras (lexema + etiqueta fonológica) son de hecho constructos que pretenden describir una idea.

Veamos qué clase de información simbólica hay en las palabras que va más allá de la significación etimológica oficial. Presentamos un hipotético ejemplo de la confusión que pueden originar los diccionarios:

PALABRA	ETIMOLOGIA según el diccionario de María Moliner⁸
abandonar	del francés «abandonner» y significa «dejar de lado una cosa que tiene la obligación de cuidar o atender, apartándose o no de ella»

⁷ Joseph Greenberg (1915-2001), lingüista estadounidense conocido por su trabajo en clasificación y tipología lingüística. A partir de una muestra de 30 lenguas, estableció un conjunto de 45 universales lingüísticos básicos.

⁸ MOLINER, MARÍA. *Diccionario del uso del español*, I-II. Editorial Gredos, S.A. Madrid (1999)

banco	del germánico «bank» y significa asiento
bancal	del árabe «manqála» y significa soporte
banda	del germánico «band» y significa cinta, faja o tira de material flexible
bandeja	del portugués y significa recipiente plano para servir
bandera	del gótico «bandwo» que significa bandera,
bando	del gótico «bandwo» que significa bandera y también reunión de gente o «conjunto de personas en lucha con otras o con ideas opuestas respecto a ellas».

Todas estas palabras tienen en su base una idea o concepto de grupo, de unión. Así, por analogía con una banda (agrupación de hilos que conforman una cinta flexible) se crea tanto el concepto de un bando de personas como el de una banda musical, y la tela que les representa es su bandera, y un conjunto de tablones unidos en el que, a diferencia de una silla, pueden sentarse varias personas, es un banco. Si nos fijamos entonces en la palabra *abandonar* y remitiéndonos a su sentido originario, significaría haber sido dejado fuera de su bando.

Esta nueva aproximación a la etimología pasa por identificar estos constructos de modo que puedan ayudarnos a detectar los procesos mentales que se reflejan a través de la evolución del lenguaje. ¿Tenemos alguna prueba de la existencia de esta lengua antigua, de carácter aglutinante, que unía unidades léxicas (monosilábicas) que correspondían a conceptos y a ideas? ¡Desde luego, estamos rodeados de pruebas! Muchos de los formantes de esta lengua han sobrevivido en las lenguas actuales. Pero donde mejor podemos verlos es en la toponimia.

La toponimia u onomástica geográfica es una disciplina que estudia la etimología de los nombres propios de lugar. Se la considera la arqueología de la lengua porque en la toponimia «fossilizan» las lenguas antiguas. Los topónimos dan nombre a los accidentes geográficos, ríos, montañas, valles, peñascos, pueblos, ciudades. No son fruto del azar ni conmemoran acontecimientos históricos puntuales. Responden a una intención. Son descriptivos. Literalmente, nos están describiendo el territorio. Designan (es decir, señalan y fijan) el lugar al que nombran. Están compuestos por la unión de lexemas (palabras) que nos ayudan a identificar de modo preciso un lugar, resaltando una característica o singularidad topográfica preeminente, la proximidad a un río, su situación en el fondo de un valle, en un cruce o bajo un peñasco.

Un nombre propio es un antiguo nombre común —o la suma de componentes comunes— cuyos rasgos semánticos inherentes se han lexicalizado para designar a una persona o lugar concretos. La similitud en los formantes nos lleva a considerar una misma estructura composicional para nombres comunes y propios, lo que nos permite afirmar que los formantes de los topónimos, hoy desemantizados, provienen de antiguos lexemas. Veamos algunos ejemplos estudiados por la filóloga Núria Garcia Quera en relación con los topónimos del Pallars Sobirà:

For- mante	Topónimo	Significado
BA	Baborte, Balestiu, Baiasca	relacionado con el agua
BOR	Llavorsí, Llavorre	lugares en donde hay una desembocadura. Surge de la unión de BA (agua) + OR (orificio acanalado) y da palabras como <i>imbornal, abortar, desbordar...</i>
ES	Esterri, Estós	lugares al final de un valle. Nos remite a la idea de "salida, exterior" y nos da multitud de palabras como <i>extremo, extranjero, extraño, excéntrico, extraer...</i>
GE/GI	Gerri, Amitges	elementos geográficos iguales, sean agujas de rocas, prados, etc. Lo encontramos en palabras como <i>gemelos, imagen, gigante</i> (significa "igual, pero grande"), <i>genitales...</i>
KA	Cadí, Escart, Bresca	grandes paredes de roca. Está presente en palabras como la misma <i>roca</i> , pero también en <i>coral, calcio, escarpado...</i>
LLA	Toralla, Llavorsí	puntos de unión. Lo encontramos en palabras como <i>collado</i> , pero también en <i>rodilla, tobillo, anillo, hebilla</i> , etc.
M	Montsent, Malmercat, Mencui	elevaciones, y por ello se encuentra en las palabras <i>montaña, monte, mama...</i>
OL	Pujol, Tolzó	lugares donde el río da una vuelta. Lo encontramos en palabras con la idea de algo circular: <i>sol, círculo, olla, ola, oliva, perol</i>
RRE/R RI	Esterri, Gerri, Rialp	lugares llanos, cerca del río, posiblemente eran prados que se inundaban en las crecidas anuales. Lo encontramos en <i>río, riego, riba...</i>
TATE	Estaron, Portarró, Broate	lugares de paso obligado, como en los puertos de montaña. Es la idea de "puerta".
TOR	Torena, Torla, Tornafort	elevación no muy alta, <i>turó</i> , en catalán (<i>colina</i> , en castellano). La idea de una pequeña elevación que se puede circunvalar la encontramos en palabras como <i>torre, tortuga, torno o torso</i> .
UI	Bernui, Embonui, Mencui, Arestui	lugares estratégicos, con una gran panorámica. En catalán <i>ojo</i> es <i>ull</i> , pronunciado <i>ui</i> en distintos lugares. Los pueblos que llevan UI eran puntos de vigilancia, eran los "ojos" de las montañas. Lo encontramos en palabras como <i>vigía, vigilar, vidente...</i>

Lo interesante es constatar que estos formantes que han sobrevivido en los topónimos, eran antiguos lexemas que se han fusionado en el interior de muchas palabras del vocabulario común. Unos ejemplos:

- si BA nos remite a la idea de agua, la palabra *bassa* en catalán (y *basa* en castellano), está formada por BA (agua) y SA (contenedor), lo que nos lleva a la definición que

encontramos en el mismo Diccionario de la RAE: «Hueco del terreno que se llena de agua, natural o artificialmente.» *Basa*, pues, es un “contenedor de agua”. ¿Qué sucede entonces con la palabra *carbassa* (*calabaza* en castellano)? Habiendo comprobado que el lexema C+vocal+R nos remite a “algo duro y externo” (*corteza*, *cartón*, *coraza*, *corcho*...), *carbassa* sería “contenedor duro de agua”. Observemos que en muchas zonas del mundo (África, Asia...) este es todavía el uso mayoritario de las calabazas.

- si GE nos remite a la idea de igual, un GENIO estaría compuesto por GE + NI/IN + (O/Ø) en el que NI/IN aporta la idea de negación. Así pues el “genio” es alguien “no igual”. Si añadimos el sufijo derivativo “al” que, como hemos visto, convierte los nombres en adjetivos, tenemos que “genial” es el que pertenece, está relacionado o forma parte de “los no iguales”. Siguiendo la serie, si añadimos el sufijo derivativo “dad” que añade un matiz de colectivo, de conjunto, obtenemos “genialidad”, y si fragmentamos la palabra en sus formantes, GE + NI + AL + (i) + DAD significa literalmente “cualidad común de los no iguales”.

Hemos observado que esta descomposición de los formantes debe leerse siempre de derecha a izquierda, siendo siempre el último componente el que determina tanto el acento como la categoría gramatical.

k) Encontrando el sentido con la gramática cognitiva

La lingüística cognitiva, desarrollada por el lingüista norteamericano Ronald Langacker,⁹ supone una base simbólica a todos los constructos gramaticales. Así pues los símbolos serían la unidad básica del lenguaje. Cada unidad estaría formada por el emparejamiento de una estructura semántica y una etiqueta fonológica. Los hablantes utilizan estas construcciones como conglomerados de información que se unen y que sirven para pensar, entender y producir el lenguaje. La lingüística tradicional ha estudiado y clasificado las similitudes formales (morfología) y sonoras (fonética), pero no las semánticas (significados), por eso el salto que está dando la lingüística cognitiva nos permite ir más allá de los parecidos formales o fonéticos entre palabras, para comprobar que las lenguas comparten un simbolismo, unas ideas, en la base del lenguaje.

A nivel subconsciente, el lenguaje establece lazos sutiles que actúan en la formación de las palabras creando relaciones en sentido figurado. La retórica los define como tropos (desviación del significado original). La sinécdoque, la metáfora y la metonimia actúan por similitud y analogía, describiendo “lo que no puede verse” de un modo metafórico, es decir, creando relaciones entre el mundo de lo que se ve y el mundo no visible, trasladando el sentido directo por otro figurado. Estos mecanismos no sólo son utilizados en el lenguaje literario como un recurso estético. La gramática cognitiva está cambiando completamente esta percepción. George Lakoff¹⁰ y Mark L. Johnson¹¹ establecieron que las metáforas forman parte de los procesos cognitivos, es decir, los humanos pensamos asociando conceptos en un lenguaje metafórico, por lo que la metáfora es una herramienta de conocimiento indisoluble

⁹ Ronald Langacker, lingüista norteamericano, especialmente conocido por su papel en el desarrollo de la lingüística cognitiva. Defiende que todos los constructos gramaticales pueden estar compuestos por unidades de tres tipos: semánticas, fonológicas y simbólicas siendo estas últimas las que asocian unidades semánticas y fonológicas a la vez.

¹⁰ George Lakoff es un lingüista norteamericano, profesor en la Universidad de California, Berkeley. Investigador de lingüística cognitiva, es uno de los fundadores de la semántica generativa y autor de referencia en el campo de las metáforas. Ha sido asesor de políticos como el ex presidente Hill Clinton y, en España, del ex presidente Rodríguez Zapatero.

¹¹ Mark L. Johnson, profesor de filosofía en la Universidad de Oregón, conocido por sus contribuciones a la ciencia cognitiva y a la lingüística cognitiva.

del aprendizaje. De acuerdo con Teun van Dijk¹², esa capacidad se está utilizando desde las elites de poder para la fijación cognitiva de las creencias. Intencionadamente, utilizan esta capacidad metafórica del lenguaje para fijar las ideas que desean establecer como pensamiento dominante y así, de modo sutil, conseguir el control de la población. Se utiliza el lenguaje como herramienta de manipulación social.

I) Conclusión

Por todo lo expuesto, la lengua madre de la que derivarían los romances sería la lengua hablada en Europa y en otros territorios desde mucho antes de la romanización. Las similitudes responderían al valor simbólico de los formantes que, mediante idéntico proceso de composición, establecieron la base de un montón de lenguas. Si entramos más a fondo en el estudio de la fonética y la morfosintaxis vemos que, de acuerdo con los universales lingüísticos establecidos por Greenberg,¹³ el latín y las lenguas romances pertenecen a tipologías lingüísticas distintas, por lo que la relación no puede ser de filiación. En este proceso, el latín fue una lengua más y no la lengua madre.

Hemos hecho una breve presentación de nuestra línea de investigación. Es evidente que cada uno de los temas apuntados merece una explicación mucho más amplia. Creemos que una etimología bien hecha que buscara el estadio antiguo de las palabras, no tanto basándose en la evolución diacrónica de su fonética o morfología, como en su semántica, nos acercaría a una lengua de carácter composicional.

¹² Teun van Dijk es catedrático de Estudios del Discurso en la Universidad de Amsterdam y profesor en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Es uno de los fundadores del *Análisis crítico del discurso*.

¹³ Joseph Greenberg, lingüista estadounidense conocido por su trabajo en clasificación y tipología lingüística. A partir de una muestra de 30 lenguas, estableció un conjunto de 45 universales lingüísticos básicos.